

LA FE, LA RESPUESTA DEL HOMBRE

Dios nos amó primero. Antes que existiéramos ya nos había elegido para ser y vivir, para conocerle y amarle. Antes que le conociéramos, se nos había dado a conocer. Antes que le pudiéramos responder, nos había llamado. Él se nos acerca. Responderle, es la fe. (CIC 142).

La fe tiene algo que ver con la obediencia, con escuchar y relacionarse con el Dios que se dirige a nosotros. Abraham es el prototipo de la obediencia creyente (CIC 145). Dios le llama y él obedece. Eso es la fe y lo que es grande en esa actitud es la confianza incondicional en Aquel a quien fielmente obedece. Como Abraham, y aún más que él, María creyó en Dios. Ella tuvo completa confianza en que nada es imposible para Dios. Ella se entregó completamente a su voluntad: “Hágase en mí según tu palabra” (CIC 148).

Crear en Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente (CIC 143), significa darle gloria y honor. Quien cree en Dios, reconoce también su grandeza, su omnipotencia y su amor y se rinde a Él. Cuando Jesús encuentra personas que creen en Él total y completamente, se maravilla. La grandeza de un verdadero creyente reside en que cree que Dios es capaz de grandes cosas.

El ser humano puede aceptar una total y confiada sumisión de su propia vida, sólo en relación a Dios (CIC 150). Sería esperar mucho de nuestro prójimo, incluso de nuestros seres más queridos, lo que esperamos, por la fe, de Dios. Esto es así incluso con referencia a la Iglesia. Como dice el Catecismo: “En el Credo del Catecismo profesamos ‘Una santa Iglesia’ (Credo...Ecclesiam). No profesamos creer en la Iglesia como para no confundir a Dios con sus obras y atribuir así a la bondad de Dios todos los dones que ha derramado sobre su Iglesia. (CIC 750).

Creemos sólo en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo (CIC 178). Confiando en Dios de esta manera, sin embargo, asentimos al mismo tiempo con la fe, a todo lo que nos ha revelado y regalado. Ser capaz de creer es en sí mismo ya un regalo. Decimos que la fe es una gracia (CIC 153). De resultados de este inmerecido obsequio, sin embargo, tenemos una gran responsabilidad. Es un talento que de alguna forma debemos poner en acción. Nuestra fe debe crecer, madurar y producir frutos. Puede decaer si no vivimos nuestra vida desde su perspectiva. Puede palidecer si no la vigorizamos de continuo por la oración. Las pruebas pueden fortalecerla, hacerla echar profundas raíces a través de la perseverancia y paciencia en hacer el bien; madura a través del amor, se hace firme por la esperanza, incluso en épocas de oscuridad y aflicción (CIC 162).

La fe es algo más que un sentimiento. Hay épocas en que sentimos y experimentamos poco, en que sentimos sequedad. Esto no es un impedimento para la fe sino más bien una forma de clarificarla. Creo no porque lo siento sino porque he decidido creer en Dios mismo, que es creíble sin medida (CIC 156). Los santos han atravesado a menudo esta “noche oscura” en que la vivencia se desvanece y sólo la fe permanece (CIC 164). Es precisamente entonces que el amor incondicional de Dios se pone de manifiesto a quien persevera en la fe incluso en tiempos de aridez y oscuridad. Dios no negará su recompensa por esta fidelidad: Él mismo será la recompensa. (CIC 2011)